

La única biblioteca de mujeres de Kabul cierra por las amenazas y el acoso de los talibanes

## “Nuestra guerra es la de los bolígrafos contra las pistolas”

TRINIDAD DEIROS BRONTE, Madrid Naciones Unidas considera que la privación de derechos de las mujeres y niñas de Afganistán impuesta por los talibanes “podría equivaler a una persecución por motivos de género”, que constituye un crimen contra la humanidad. No pueden estudiar a partir de los 12 años; tampoco trabajar en la Administración y en las ONG. También tienen prohibido viajar sin ir acompañadas de un pariente varón cercano. A las afganas les quedan ya muy pocos derechos y aún menos posibilidades de acceder al conocimiento. Desde mediados de mes, se han visto además privadas de uno de los últimos reductos de cultura y de libertad que les quedaban en Kabul: la biblioteca Zan. Hace dos semanas, esa biblioteca —la única para mujeres de Kabul— tuvo que cerrar por las amenazas y el acoso de los talibanes, explica por WhatsApp desde la capital afgana una de sus fundadoras, la economista de 28 años Laila Basim. Cuando esa biblioteca desapareció, “se cerró una esperanza”. “Ya no tenemos un lugar para dialogar y estudiar”, añade.

Zan, el nombre de la biblioteca, significa “mujer” en darí, el dialecto del persa que alrededor del 40% de afganos tiene como lengua materna. Abierta en agosto de 2022, sus objetivos eran promover la cultura y la lectura entre las mujeres y niñas, “que tienen cerradas las puertas de las



Varias afganas en uno de los talleres de Zan, en una imagen cedida por la biblioteca.

escuelas y universidades”, dice Basim, pero también ser un acto de “resistencia civil de las mujeres”.

Situada en un sótano del mercado del barrio Red Pol de la capital afgana, la biblioteca ofrecía a sus “más de 400 socias”, calcula Basim, el préstamo de libros en

cuatro idiomas (persa, pastún, inglés y árabe), así como talleres de formación gratuitos y de entrada libre sobre “derechos de la mujer, política, religión y otros temas” dos veces por semana, con el fin de “aumentar los conocimientos de las mujeres”. Todos sus fon-

dos, que esta activista calcula en 5.000 volúmenes, las estanterías, mesas y sillas, eran donaciones.

“En los siete meses que ha durado la biblioteca, los talibanes nos sellaron la puerta dos veces, pero nosotras la abrimos con ayuda de amigos y seguimos trabajan-

do. Sin embargo, los talibanes no se detuvieron ahí. Empezaron a venir todos los días y a preguntarnos qué estaba pasando allí. Un día, cuatro miembros de las fuerzas de seguridad de los talibanes entraron furiosos y empezaron a preguntarme quién nos había dado permiso para abrir el local. Luego nos dijeron que el sitio de una mujer está en su casa”, dice.

“Desde hace 19 meses [desde agosto de 2021] mis compañeras y yo luchamos contra las políticas de los talibanes. Nuestro combate es una guerra de los bolígrafos frente a las pistolas”, asegura esta mujer. Tanto ella como las otras voluntarias han recibido y reciben aún amenazas telefónicas. Los miles de libros que habían atesorado están ahora en sus casas.

Licenciada en Económicas, Basim trabajaba en el Gabinete del ministro de Economía del anterior Gobierno afgano. Como muchas otras afganas cualificadas, fue expulsada de su empleo.

El relator especial de la ONU sobre derechos humanos en Afganistán, Richard Bennett, presentó en febrero un informe en el que no solo denunciaba el cercenamiento de los derechos de las afganas, sino también la prohibición de manifestarse y el “uso excesivo de la fuerza”. El documento aseguraba que los manifestantes afganos —“a menudo, mujeres”— son sometidos a “amenazas, intimidación, arrestos y maltrato” bajo custodia de las autoridades.